



FE Y ESCEPTICISMO.
LA CORRESPONDENCIA ENTRE E.M. CIORAN & M.D. MOLINIÉ
(1944-1947)

SERGIO GARCÍA GUILLEM

“[...] ¿No han tenido nunca esta sensación, después de un gran susto o en un momento muy terrible, cuando el entendimiento conserva aún toda su lucidez, pero ha perdido ya todo su poder?”

F.M. DOSTOIEVSKI, *El idiota*.

“On est croyant ou on ne l'est pas, comme on est fou ou normal. Je ne peux croire ni désirer croire : la foi, forme de délire à quoi je ne suis point sujet...”

EMIL CIORAN, *Précis de décomposition*.

I. UNAS NOTAS INTRODUCTORIAS

En una conversación con Léo Gillet, Cioran, a propósito de sus influencias literarias, comenta lo siguiente: “[...] Dostoyevski fue hasta el límite de la razón, hasta el vértigo último. Fue hasta el hundimiento, mediante ese salto a lo divino, al éxtasis [...]”.¹ Ese mismo *éxtasis lúcido*, después de un gran susto o situación terrible, o propiamente tediosa, por calificarla con una de las máximas preocupaciones de la prosa cioraniana, de la que ya rindió cuentas Dostoievski con algunos de sus personajes más célebres: los escépticos, enfermos y atormentados Iván Karamázov, Nikolai Stavrogin, el príncipe Mishkin o el joven Ippolit, representación antropomórfica este último del *suicidio* en *El idiota*, es el mismo que acosa perpetuamente, entre comicidad, amargura, ironía y un ácido escepticismo, el pensamiento de Emil Cioran.

Sus reflexiones arrancan de la carcoma del tiempo y del estatismo monolítico los ecos del pesimismo, el nihilismo (“obsesión de la nada o del vacío, más bien”², como él mismo dirá en una de sus entrevistas) la melancolía y ese *tedio*³ de lo propiamente humano, del cual ya hemos comprobado que adopta en muchas ocasiones ese vacío enfermizo y corrosivo del espíritu del “subsuelo” dostoievskiano. Un intento de sistematizar o inculcar orden en su pensamiento, acción que anularía la intrínseca *destrucción poética*, por decirlo con Molinié, de su lenguaje, es una tarea que, de

1 EMIL CIORAN, *Conversaciones*, traducción de Carlos Manzano, Tusquets, Madrid, 2010, pp. 69-71. Este conjunto de entrevistas aporta un material, completamente inédito –y, a su vez, interesante– hasta aproximadamente unos pocos años atrás, para profundizar tanto en los avatares personales de la vida y el pensamiento de Cioran.

2 Idem, p.36.

3 Se siente partícipe, como comenta en las *Conversaciones*, del *Weltschmerz*, del tedio romántico alemán. Es una visión pesimista del mundo que ronda en autores como Lord Byron, de Chateaubriand, Hesse o Heine.



antemano, debemos abocarla al fracaso, a pesar de ser esta extraña mezcla de caos y *revelación* lo que otorga una curiosa riqueza intelectual a todo su legado.

¿Resulta pues lícito, a partir de estas indicaciones introductorias, el intento de rescate de parte de una correspondencia, no publicada en vida del autor, que nos permita profundizar más en la reflexión –y profunda crisis– religiosa del joven Cioran?⁴ En esta ocasión, vamos a intentar rendir cuenta de cómo parte del epistolario de juventud, excluyendo algunas de sus conversaciones con otros literatos, pensadores y periodistas⁵, no se encuentra totalmente disponible para los estudios cioranianos. Y, más concretamente, y gracias al descubrimiento de un intercambio epistolar⁶, centraremos la atención en la relación epistolar que mantiene Cioran con el teólogo dominico Marie-Dominique Molinié desde 1944 hasta, aproximadamente, 1947. Aquí reside la problemática y el difícil acceso a la cuestión, por lo que antes de comenzar a rendir cuenta de dicha correspondencia serán oportunas unas notas históricas y biográficas complementarias.

II. UNA CORRESPONDENCIA TEMPESTIVA

No es casual que en la composición de la primera obra escrita en francés por Cioran, a saber, el *Précis de décomposition* (1949), contenga un breve fragmento –casi una nota aforística– titulado “Divagaciones en un convento”⁷. Se abre la posible hipótesis acerca de la estancia de Cioran, asegurada en varias de las cartas de Molinié, en el convento donde residía el fraile dominico. Quizá sea este el territorio donde daría a luz parte del contenido sacro de algunos de los fragmentos más destacados del *Breviario* y quizá a alguna de las posteriores reflexiones de los *Syllogismes de l’amertume* (1952)⁸. Volveremos a este punto una vez comentados algunos aspectos biográficos que interrelacionen ambas personalidades y ante la *protesta de fe* de Molinié ante Cioran.

Marie-Dominique Molinié (1918-2002) fue, como hemos comentado, un fraile dominico, seguidor de la doctrina tomista; estudió filosofía en su juventud y mantuvo fuertes lazos de amistad con Emil Cioran. Como él mismo acaba reconociendo en la correspondencia con Cioran, consideró siempre tener una personalidad escéptica, jamás perdería el sentido crítico ante la teología o la propia filosofía, pero sí encontraría “el camino de la esperanza y la fe” en la doctrina cristiana. Es esta la faceta de Molinié que realmente nos interesa, la del hombre con intensa fe cristiana, albergador de esperanza y amante del “silencio” y el amor frente a un Cioran decadente, extremadamente escéptico y eterno profanador de absolutos (“No hay para el incrédulo, enamorado del derroche y la dis-

4 Pongo en conocimiento del lector que se encuentra disponible una primera aproximación, en lengua francesa, al problema que deseo traer igualmente a colación para el público de habla hispana y para el futuro de los estudios cioranianos (Cf. EUGÈNE VAN ITTERBEEK, “Les lettres de Marie-Dominique Molinié à Emil Cioran: un dialogue entre un “sceptique passionné” et un “croyant à l’envers”, Cahiers Emile Cioran. Approches critiques IX, Sibiu, 2008).

5 Véanse al respecto las conversaciones con J.L. Borges, Jean-François Duval, Fernando Savater o Helga Perz, entre otros muchos.

6 Dicho encuentro se localiza en la cronología que ofrece Gallimard en las obras completas de Cioran. Cf. EMIL CIORAN, *Œuvres*, édition établie, présentée et annotée par Nicolas Cavallès, avec la collaboration d’Aurélien Demars, Gallimard, Paris, 2011, p. 41.

7 Cf. EMIL CIORAN, *Breviario de podredumbre*, edición y traducción de Fernando Savater, Taurus, Madrid, 1986, pp. 82-83. Agradezco a Nicolas Cavallès y a Vincent Piednoir, editores de las obras de Cioran para Gallimard y para la editorial l’Herne, la información relativa al interés de este fragmento en la relación Cioran-Molinié, en la temática propia del intercambio epistolar y por haber puesto en mi conocimiento la ubicación del Archivo Cioran; a pesar de tampoco encontrarse en él las correspondientes epístolas de Cioran.

8 Silogismos de la amargura en la traducción española.



persión, espectáculo más desconcertante que el de estos *rumiantes de lo absoluto...*).⁹ Son esta serie de “cualidades” las que realmente definen el intercambio epistolar entre ambos pensadores. Estas suscitan debate y posterior comentario crítico, en mi opinión, debido a la posible influencia, tanto de esta correspondencia como de la relación amistosa con Molinié, en la posterior obra cioraniana. Como dato histórico clave y relevante cabría comentar que en verano de 1944 será el propio Cioran el que realizará una corta estancia en el convento de Molinié (ubicado en Nancy, al noreste francés); a partir de este momento, instante en el que redactará o albergará la posterior reflexión que ya hemos señalado, se inicia el intercambio epistolar entre un Molinié interno en el convento y un Cioran que recorre Francia en bicicleta, huyendo de un doctorado fantasmal y disfrutando del clima, los paisajes y la cultura popular francesa¹⁰. El diálogo entre ambos pensadores es el lugar donde “le scepticisme tourmenté de l’un interroge la foi de l’autre” y donde Emil Cioran comenzará a redactar todos sus escritos en lengua francesa¹¹. ¿Por qué, a la postre, la escritura cioraniana en lengua francesa cohabita con el aforismo, claro legado de la herencia nietzscheana en Cioran? Si tuvieran que incluirse los aforismos de Cioran dentro de alguna clasificación convencional, sería él mismo quien diría que “[...] un libro debe ser realmente una herida, debe trastornar la vida del lector de un modo u otro. Mi idea al escribir un libro es despertar a alguien, azotarle [...] He escrito para injuriar a la vida y para injuriarme [...] el acto de escribir, un acto de inmensa soledad.” (*Conversaciones*, pp. 17, 19, 41). De este modo, concibiendo la escritura como la expulsión de los demonios y la resurrección de las heridas internas que el acto de existir impronta en cada uno, Cioran renegará, como comprobaremos que afirmará taxativamente en la correspondencia con Molinié, de la lógica y de la sistemática filosófica; de ésta se atreverá a confesarle a Fernando Savater que “[...] todo lo que he podido experimentar o pensar no ha sido nada más que una lucha contra toda forma de sistema, en cualquier dominio. Habría usted podido poner como subtítulo a su tesis: Del anti-sistema.”¹²

La lucha de Cioran frente al petrificado lenguaje de la filosofía y “el delirio de la fe” proviene de esas propias heridas interiores, en su caso y por una parte, del insomnio que caracterizó su juventud y que le hizo encontrar en la enfermedad y, como hemos comentado en relación a ésta, en muchos de los personajes de Dostoievski, los caminos para un *arte de escribir maldito*; y por otra parte, el continuo vaivén entre el espinoso camino de la fe, el cual lo atormentará a lo largo de toda su vida y lo hará llegar, *ad vitam aeternam*, hasta “las cimas de la desesperación”.

9 Cf. Breviario de podredumbre, p. 82. La cursiva es mía.

10 Es digno de mención el gran aprecio que poseía Cioran ante las posibles conversaciones con los campesinos y pueblerinos franceses quienes, en su opinión, se hacían más preguntas de índole filosófico-existencial que cualquiera de los más altos intelectuales parisinos.

11 “Mallarmé apparaît comme l’incarnation symbolique de la difficulté à écrire, à évoluer dans le langage ; cette souffrance de l’écriture, toute en efforts, est la grande révélation des années 1940 chez Cioran (en roumain, les mots coulaient naturellement, inconsciemment ; en français, tout est pesé, terriblement réfléchi) – révélation qui a pour corollaire la révélation de l’échec, et de la solitude intellectuelle (symptomatiquement, la production cioranienne d’articles ralentit à l’extrême après le Précis). “C’est ainsi que le rimeur se retire dans le silence, ou dans des “artifices impénétrables” : ainsi, les traductions impossibles deviennent-elles l’antitexte des “artifices impénétrables, de la “tragédie” du Précis de décomposition” (NICOLAS CAVAILLÈS, “L’exogenèse. Cas du Précis de décomposition de Cioran” en Revue Recto/Verso, n° 1, juin 2007, p. 10. Disponible online en la red). Recordemos que Cioran comienza a redactar sus obras en francés debido a un intento de traducción de la poesía de Mallarmé al rumano, acto que fracasaría debido a la lógica interna del francés frente a esa “inconsciencia de las palabras” del la lengua rumana.

12 Cf. FERNANDO SAVATER, “Carta-Prefacio por E.M. Cioran” en Ensayo sobre Cioran, Taurus, Madrid, 1986, p. 12.



Volvamos pues a la problemática inicial, a saber, la falta de conocimiento de esta correspondencia entre Cioran y Molinié y el desconocimiento –o pérdida– del paradero de las cartas correspondientes a Cioran. De este modo, el ejercicio de reflexión crítica que se desea llevar a cabo es el de intentar rendir cuenta del debate interno entre *fe y escepticismo*, contando únicamente con la opinión relativa al fraile tomista. Pero, a pesar de ello, se puede delimitar igualmente el campo de conversación en el que se insertaría Cioran, a pesar de no tener a nuestro alcance un reflejo material de las epístolas. A pesar de esta incógnita, aún nos queda la vía abierta, como hemos comentado, para iniciar un diálogo tanto con el creyente como con el escéptico.

III. DOS “MENDIGOS DE LA REVELACIÓN” ENTRE FE Y ESCEPTICISMO

El aura que desprende la prosa de Emil Cioran no es la propia de un profesor de filosofía o de un “filósofo” en el sentido estricto del vocablo, sino que es siempre la de un “*Privat Denker*”, un pensador privado, como él mismo gustaba de considerarse. Y aquello que hace que su obra perdure, como él mismo comentará en los *Silogismos de la amargura*, es su propia “*ferocité*”. Es este mismo pensamiento feroz al que parece contestar Molinié en las primeras cartas. Éste comienza reconociendo que ambos no hablan la misma lengua, pero aún a pesar de esto no duda de las creencias de Cioran (“[...] *je répète que tu es un croyant, que rien ne pourra ébranler tes actes de foi: un croyant à l’envers, mais un croyant.*”¹³). Molinié elabora un juego de palabras que logra descifrar el espíritu entre ambos correspondientes, le reprocha a Cioran que “*tu ne crois pas à la vie, mais tu crois à la mort; tu ne crois pas à l’amour, mais à la haine ; au sens de monde, mais à son absurdité*”. De este modo se entremezcla, ya al comienzo de la correspondencia, los principales temas que rondan la creencia cioraniana: muerte, odio, absurdo del mundo y de la realidad como tal y el descredito de la vida y los valores. Quizá sea preciso comentar antes de continuar que Cioran sufrió, como hemos comentado anteriormente, varias crisis religiosas a lo largo de su juventud. Él mismo lo corrobora: “[...] a los veinticinco años tuve una crisis religiosa, una crisis religiosa sin fe. Pero durante todo un año no hice otra cosa que leer la vida de los santos [...] Al final, comprendí que no estaba hecho para creer, me di cuenta de ello con una gran crisis de desesperación [...] Escribí un libro de comentarios [...] a la vez en pro y en contra de la religión” (*Conversaciones*, pp. 69, 100). El libro al que hace referencia Cioran en esta entrevista, publicado originalmente en rumano, es *Lacrimi si Sfinti (De lágrimas y de santos)*; partimos pues, con esta referencia, desde la base del grato conocimiento que de los santos y la mística poseía Cioran en esta época, y esto es perfectamente comprobable en las continuas discusiones con Molinié en la correspondencia en torno al éxtasis y a la cuestión de la gracia. No es pues baladí que ante este vacío (esa nada) que sigue dejando los efectos de esos éxtasis, no siempre recubiertos con el espíritu de la gracia, recurra Cioran a desvelar los entresijos existenciales de los “héroes” de Dostoievski. Es más que remarcable la continua presencia del espectro dostoievskiano en el intercambio epistolar, tanto que, en ocasiones, tanto la desconocida voz cioraniana como la presunta palabra de Molinié parecen transmutarse en las teológicas disputas de los Karamázov o en los rasgos heroico-románticos, propios de ese *Weltschmerz* que he-

13 Las cartas a Cioran, las cuales citaremos a partir de ahora, se encuentran reunidas en los volúmenes de MARIE-DOMINIQUE MOLINIÉ, *Lettres du Père Molinié à ses amis*, Pierre Téqui éditeur, Paris, 2005. Pero igualmente se encuentran íntegras, y extraídas del volumen anteriormente citado, en el fondo bibliográfico del Padre Molinié (http://pere-molinie.com/index_fr.php?nid=17).



mos mencionado, del Stavrogin de *Los demonios*. Molinié acaba recalcando en sus primeras epístolas que los personajes de Dostoievski buscan incesantemente “*infini dans l’orgueil ou infini dans l’amour*”; de este modo, y para experimentar aquello de lo que dialogan, invita continuamente a Cioran a pasar unos días en el convento y a experimentar “*la voix du silence*”.

Es quizás en este momento cuando debemos retomar aquello que comenzamos a esbozar; acudiendo a la primera obra originalmente en francés de Cioran, el *Breviario de podredumbre*, podemos anotar, dentro de las “Divagaciones en un convento”, algunos rasgos de lo que devendrá a partir de este momento el intercambio epistolar. “...Aún es de día. Desde mi celda oigo voces, y los estribillos seculares, ofrendas a un cielo latino y banal [...] Esta ilusión, llamada, en el plano absoluto, *gracia*, -¿cómo la adquirieron? [...] *Un buen día*, creyeron [...] Se es creyente o no se es, como se es loco o normal. Yo no puedo creer ni desear creer: la fe es una forma de delirio a la que no soy propenso... La posición del incrédulo es tan impenetrable como la del creyente.” (*Breviario de podredumbre*, p. 82). De este modo, el creyente, Molinié, hará frente a la postura del incrédulo, Cioran, comentándole que su llamada silenciosa roza “*une métaphysique du désenchantement lucide et de l’évasion*”, esa metafísica del desencantamiento lúcido casa con ese “placer de estar desengañado” (*Breviario de podredumbre*, p. 83) que Cioran describe en este fragmento. A partir de aquí, y como señala continuamente Molinié a lo largo del escrito, uno se sitúa entre la vanagloria divina y la concomitancia decadente de la Nada. *La destrucción poética* que le atribuye Molinié a la prosa de Cioran deja entrever a un claro entendedor en cuestiones de teología y mística, pero que continua *perplejo* e incomprendido en los ideales cristianos de los que Molinié decide hacer acopio. Cioran asimila a Dios, al Absoluto, con la Nada, a lo que Molinié arremete diciendo que Dios jamás le robará el derecho de rehusar los valores cristianos y de “enfermarse” en su soledad, el hacer que su vida, la existencia en su totalidad, devenga infierno.

“*Depuis combien de temps n’as tu pas pleuré ? [...] Il y a dans les larmes une vérité, par conséquent une libération [...] les larmes humaines son bien cette eau qui nous lave du péché originel et nous restitue à l’innocence invincible des petits enfants*”. Resulta curioso cómo la cuestión de las lágrimas, tema por antonomasia en la obra anteriormente mencionada (*De lágrimas y de santos*) resucita, de nuevo, en la correspondencia. Vuelve de nuevo la perpetua discusión terminológica entre ambos sobre las lecturas relativas a los santos y a la mística. Cioran contra Cristo. El hombre “qui vit loin de Dieu” y el hijo del Altísimo, en pocas palabras, la lectura cristológica en la que parece poner atención Cioran. Molinié comienza en este momento la captación del prosélito, intentando que Cioran alcance, mediante la plegaria y la disolución de su ser con el Ser, “*le paradis sur terre*”, en pocas palabras, el reino de Dios en la tierra, por decirlo con Tolstoi; renunciando de este modo a su desgracia, a su poética de la desgracia, librándose de la agonía existencial que le corresponde y retornando al Padre “*comme les fleuves à la mer*” (como los ríos a la mar). Molinié considera la posición de Cioran, a lo largo de toda la correspondencia, como una condena y le tienta argumentándole que él mismo (Cioran) sabe que Dios gira en torno a él, que en el fondo acepta su existencia, sino no residiría en la desgracia, jamás estaría tranquilo. A pesar de ello, y con un poco de escepticismo, continua Molinié calificando ambas existencias, la de él mismo y la de Cioran como “*déchirée, déchiquetée, harcelée, morcelée, sans but, sans signification...*”. Pero, a pesar de estas identidades fragmentadas, Molinié sigue confiando en el rezo como medio para que Cioran resurja de entre todas esas crisis de fe sin fe, como el propio Cioran las califica.



A medida que avanza el intercambio epistolar, vuelve la concomitancia dostoiévskiana y la presencia de la voz de los Karamázov, especialmente la de Ivan; aquél que según Molinié “*trouve les ténèbres au sein de la lumière, la mor au sein de la vie la plus riche, la tristesse au sein de la joie, le néant au sein de la surabondance*”. A través de estos paralelismos con el héroe dostoiévskiano, y a pesar de parecerse más Cioran, en mi opinión, a Gregori Vasielevich, también en *Los hermanos Karamázov*, ya que ambos, como ya comenta de su personaje Dostoievski, habrían nacido “en la humedad más fría”¹⁴. Molinié le pide a Cioran que limite la afirmación de su impotencia en el presente, que llegue a una actitud honesta, que deje que Dios llegue hasta él y no continúe residiendo bajo el orgullo de pensar que será él mismo quien alcance a la potencia divina con su *gracia*. Molinié pugna constantemente contra el pesimismo cioraniano, contra su potencia de la nada y del vacío, de aquí que, al final de esta epístola fechada en 1945, le recomiende ir al campo a contemplar cómo un capullo deviene mariposa, y así poder comprender lo extraordinario de la vida y su potencial cambiante.

Es a partir del año 46, e intercalando un largo periodo en el cual no se corresponden (epistolarmente hablando), en el que la conversación adquiere un cariz filosófico-escéptico más destacable. Molinié afirma que, evidentemente, hay un malentendido radical entre ellos; afirma que los ojos de Cioran lo proyectan, como el Fausto de Goethe, en continua búsqueda del misterio del Absoluto. El hecho de que Cioran carece de fe es más que evidente, pero para Molinié resulta un hecho doloroso, al igual que resultará molesto el completo rechazo por parte de Cioran de la doctrina tomista que Molinié defiende. Y le cuestiona, hablando del tomismo, qué es aquello que entiende por historia de la filosofía. Ésta sería, ora la historia de las conquistas de la verdad por los hombres, bajo la cual el tomismo sería un capítulo más de esa historia, ora el cumplimiento de la tarea de la historia de la filosofía como historia de los errores de la humanidad. A partir de esta serie de cuestiones, y suponemos que sería la intención de Cioran, se hace evidente el intento de sacar a la luz el todavía latente escepticismo que reside en Molinié. Éste afirma que él jamás ha perdido esas motas escépticas, a pesar de calificarse –al igual que calificará a Cioran– como *mendigo de la Revelación*, en búsqueda constante de un Absoluto, con o sin fe y pidiendo, a modo de limosna, la pureza del silencio.¹⁵

Es el propio misterio del mundo el que reside bajo la máscara de la conversación. Dirá ante esto Molinié: “*Chaque être, chaque homme en particulier, me donnait de la nausée, mais le mystère de cet homme ! Le mystère de sa nature et de son destin, cela me semblait infiniment beau, infiniment infini... [...]*”. Y a partir de este misterio introduce Molinié a la santa patrona de la ciudad de París, Sta. Genoveva, otorgándole al misterio del mundo un nuevo misterio, todavía incluso más interesante, el misterio del amor, del amor a la humanidad... Esa sed de fe que cohabitará en ambos, en palabras de Molinié, debería estar saciada con ese misterio del mundo y del amor y, a la postre, será únicamente Dios quien ofrecerá el término posible para este amor puro y absoluto; el resto del amor se encuentra corrupto bajo el misterio del hombre.

“Ce type-là est sauvé”. Este tipo está salvado, le comenta un fraile-hermano a Molinié a propósito de la última carta de Cioran. Así es como concluye el intercambio epistolar entre Emil Cioran y Marie-Dominique Molinié. Intercambio que, al contrario que la

¹⁴ Es muy relevante, como ya hemos ido comentando, el valor que a esta novela le adjudica Cioran en todas sus entrevistas y la influencia que los personajes enfermos y moralmente desgastados de Dostoievski dejan entrever en todos sus aforismos.

¹⁵ Paráfrasis pascaliana. La influencia del joven Pascal en el pensamiento cioraniano es también muy destacable.



correspondencia de madurez¹⁶, ha pasado inadvertido para los estudios cioranianos y, en general, para la reflexión filosófica. Alberga pues, dentro de su contenido teológico-filosófico, una buena carga teórica para la argumentación en torno a los problemas epistemológicos relativos al escepticismo, como a una serie de interrogantes existenciales muy usuales en el pensamiento de Cioran, y que casan por igual con la intrínseca relación entre filosofía y literatura (Dostoievski será el caso ejemplar, y a su vez paradigmático, en este aspecto). Al fin y al cabo, con ello concluimos, Molinié se compromete con el amor divino, con la gruta de la esperanza y del silencio pacificador, mientras que Cioran continuará replegándose bajo la tempestad, volviendo al hastío, a la nada más cruda, con los “hombres [...] demasiado cansados para sostener el cielo” (*Breviario de podredumbre*, p. 83).

CARTAS DE MARIE-DOMINIQUE MOLINIÉ
A E.M. CIORAN (1944-1947)¹⁷

13.06.1944

“¡Dios nos libre de los apologetas!” (De Monléon)

Querido Cioran,

Me dijiste el otro día: toda objeción contra la religión se derrumba el día en que uno puede concebir el amor divino; y yo te confirmé este punto, añadiendo que toda objeción viene a decir: yo no concibo el amor de Dios.

Tu carta suscitó en mí reacciones variadas y numerosas reflexiones. Traducía una simpatía realmente sincera, lo cual me causó pena por no poder abandonar el convento para complacerte. Pero, ¿qué puedo hacer yo? ¡Si yo conocí “el amor de Dios por nosotros”! “Si tú sabías el don de Dios”, le decía Cristo a la Samaritana...si lo sabías, vendrás al convento conmigo, no para acentuar tu soledad en el seno del mundo, sino para al fin poder salir.

Muchas ideas me asaltaron leyendo tu carta, pero pocas son realmente necesarias. Yo no puedo más que repetir: yo huyo del mundo para huir de la soledad, ya que solo el amor nos libera de la soledad, y sólo Dios nos amó. Yo no vengo a buscar el éxtasis, sino el silencio y la paz de Dios, “quien sobrepasa todo sentimiento”.

Me es dificultoso pronunciar todas estas palabras, ya que veo que nosotros no hablamos la misma lengua. Pero, es necesario, para que veas al menos que nosotros no hablamos esa misma lengua, que llegas demasiado tarde, que compruebes que el gesto anarquista ha sido ya consumado. Podría discutir tu posición, elevar las contradicciones, esos callejones sin salida...pero, ¿cuál es el bueno? No discuto con un creyente, y repito que tú eres un creyente, que nada podrá poner en movimiento tus actos de fe: un creyente a la inversa, pero un creyente. Tú no crees en la vida, crees en la muerte; no crees en el amor, pero sí en el odio; tampoco en el sentido del mundo, pero sí en su absurdidad. Crees en el sentido fuerte de la palabra, rozando el fanatismo –ese fanatismo latente y amenazante contra el cual tú te defiendes con tu prudencia de serpiente-, tu rechazo de soluciones extremas, y tu profunda fijación en los valores de los que reniegas: la vida, el espíritu (y sus elegancias), etc.

¹⁶ onocemos en este caso el intercambio epistolar que mantuvo Cioran con el poeta A. Guerne (1961-1978). Dicha correspondencia sí que se encuentra publicada y disponible para los estudios cioranianos.

¹⁷ Traducción del francés y notas a cargo de Sergio García Guillem.



De todos modos, disculpa el responder a un retrato con un retrato. Discúlpame sobre todo de entrar en el convento y de dejarme tentar igualmente por la aventura de la esperanza. Y, ¡por el amor de Dios!, abandona los tratados apologéticos. Y cree a tu amigo, en la medida que la soledad del mundo nos permita esta simpatía.

A. Molinié

Gracias por tu invitación, a pesar de que mis obligaciones de hijo y practicante me obliguen a declinarla por el momento.

Julio-Agosto 44

Querido Cioran,

El tiempo que pasamos juntos espero que te haya dejado un buen recuerdo...como me lo dejó a mí. A pesar de todo, me veo un poco en la situación de no saber decir por qué no puedo abandonar más el convento, y me gustaría demostrártelo en esta carta.

Yo tuve siempre sed en mi vida, sed de alguna cosa que me diese ebriedad, algo fuerte y violento de lo cual uno no se hartase nunca, pero que me hechizase con su encanto y que pronto uno no pudiese pasar más de ello: alguna cosa que me agarre y no me suelte más; por lo cual yo soy poseído más que lo poseo. Una realidad pues, no un mito de mi imaginación, ya que un mito no nos es exterior, él no nos puede poseer.

Me parece que todos los héroes de Dostoievski son así: les hace falta encontrar un vino que aturda y captive su sed intensa de vida, les hace falta sobrepasar los límites del hombre, ir hasta los confines, quemarse las alas con un veneno cualquiera, provisto éste tal que fuese más fuerte que el hombre: ángel o demonio, ¡qué importa! Ellos se asfixian en el armazón que la naturaleza les ha dado, les falta encontrar alguna otra cosa.

Noto súbitamente que en un sentido ellos no pueden ser engañados por una ilusión en su búsqueda. La experiencia sobre este punto no nos puede engañar: uno es superado o no lo es –uno está en relación con algo más fuerte que nosotros, o no-: eso se siente, eso se sabe, sin error posible. Hace falta que uno pueda aumentar la dosis indefinida sin jamás agotar el fondo. Hace falta igualmente que nuestra sed infinita se sienta y se conciba sobrepasada, ahogada en el alcohol en el cual ella se embriaga; a la inversa de aquello que constatamos habitualmente, y que jamás pueda dilatarse en la medida en que la saciedad es ofrecida por el objeto divisado.

Está claro que este objeto no puede ser más que espiritual. Es aquél que buscan los héroes de Dostoievski: infinito en el orgullo o infinito en el amor. El orgullo y el amor son, de hecho, los únicos abismos donde nuestra sed puede zambullirse sin agotarlos. Y la elección es libre, hará falta que todo hombre la haga algún día. Las voluntades sensibles son mezquinas y más aburridas, tan locas pueden llegar a ser como delicadas, al lado de la voluntad del orgullo y del amor. Ambas voluntades son verdaderamente inagotables, la una y la otra ven a Dios, para aniquilarlo o desvanecerse en él.

Yo elegí, gracias a Dios, el amor. Pero como tú te arriesgas a confundirlo con el amor sensible, y así no sospechar de su intensidad objetiva, la cual nos muerde y no nos suelta más, yo diría más bien que yo descubrí el silencio...ya que en el fondo es la misma cosa.

El silencio es una realidad, no puede ser una ilusión; solamente, a la inversa de los alimentos terrestres, no es una realidad atractiva de lejos y vana de cerca. Por definición, su llamada es más dulce y discreta para que se la observe en medio de excitaciones diarias.



Para desearlo, hace falta primero degustarlo; pero cuanto más se prueba, más sed se tiene, y cada vez más hasta que uno finalmente se harta: ya que está claro que no agotaremos nunca todo el silencio posible, él abarca más que nuestro deseo.

En este momento, estoy cautivo, me hará falta, sin descanso, llamar a las fuentes del silencio; las cuales se vuelcan al corazón de esta agua viva que Jesús prometía a la Samaritana. Hablo de realidades irrefutables, de las cuales la experiencia no puede sospechar de ser sueño alguno. Si yo hablo de Dios, puedes pensar que me ilusiono, que mi experiencia no es válida, y que yo proyecto en lo real el objeto de mi deseo. O igualmente si hablo del amor. Pero no quiero hablar más que del silencio: te aseguro que yo no deseaba, al menos conscientemente, entrar al convento. Hoy en día que ya he hecho la experiencia, pequeña y frágil experiencia, no daría las ebriedades más estrambóticas de la vida por él. Él (el silencio) es verdaderamente (yo entiendo el silencio del amor, el silencio de la fe) como la perla preciosa por la que haría falta vender el resto de cosas. Relee todos los pasajes del A.T. que hacen elogio de la sabiduría (en particular el principio del libro con ese nombre) y substituye la palabra por “el silencio”, comprenderás aquello que quiero decir. “Sus caminos son caminos de delicias, y sus senderos son todos de paz. Es un árbol de vida para los que la abrazan, y los que la poseen son bienaventurados.”¹⁸

¡Ah! Si tú supieras...pero para saber hace falta probar, y para probar hace falta callar. Es por esto por lo que me encantaría tanto que vinieses a pasar 8 días conmigo aquí, simplemente para callar lo máximo posible, escuchar la voz del silencio; hay que hacer esta experiencia seriamente al menos una vez. No tiene nada que ver con el éxtasis, el cual resulta lo contrario de un fallo nervioso y físico (lo mismo con los santos), y no es lo esencial de la experiencia mística. Al contrario, los santos que alcanzan el matrimonio espiritual no descubren la experiencia del éxtasis, ya que sus cuerpos están habituados a este régimen (terrorífico para él) de la consumante presencia de Dios en el alma, que ya de por sí es pacificadora.

Mientras estás delante de la mesa, no es tu temperamento quien hace que ella esté ahí, y que sea mesa: esta realidad es objetiva, tú puedes profundizar sobre ella, cualquiera que sea tu alma y psicología. Lo mismo para aquello que te he dicho. El silencio no depende del temperamento o del deseo: me horrorizaba el silencio, y ahora todavía mi naturaleza lo repugna. Él es, y es él quien me tiente, y no puedo más sin él.

Siempre fiel Fr. Molinié O.P.

Diciembre 44

No conociste a mi Madre, pero eres un gran amigo como para no tenerte al corriente de mis sufrimientos. La muerte es una realidad abrumadora, absoluta: al lado de ella nada puede resistir, más que la fe.

Yo he recibido tu pequeño envío¹⁹: pero tu llamada silenciosa versa sobre una metafísica del desencantamiento lúcido y la evasión,

¹⁸ Santa Biblia, Proverbios, III, 17.

¹⁹ Correspondería a una de las primeras obras -o artículos- de Cioran. Al no poseer la propia correspondencia cioraniana, tan sólo podemos suponer que podría tratarse de la primera de sus obras, y según Cioran la que contiene “el mayor cúmulo de lo que será su posterior pensamiento”, *Pe culmile disperării* (*En las cimas de la desesperación*), también podría tratarse del periodo de interés hacia la mística y los santos, recogidas dichas reflexiones en *Lacrimi si Sfinti* (*De lágrimas y de santos*) o, con más certeza, algún esbozo de su primera obra en francés, *Précis de décomposition* (*Breviario de podredumbre* en la traducción castellana). Reitero que tan sólo me encargo de lanzar algunas hipótesis al respecto, ya que no



caída hacia la nada...Ante la muerte, uno no puede más que creer en las apariencias: hace falta elegir entre la nada (no relegada como fondo de cuadro, en la filosofía, pero en primer plano, en plena luz, alucinante)...o Dios. Afortunadamente, yo había ya elegido, o más bien Dios me había escogido.

¡Cómo puede uno olvidar la muerte! Cada uno habla como si fuese inmortal: la muerte es siempre la de los otros. Estoy asustado de ver a la gente tener misericordia de Maman como los ricos tienen misericordia de los pobres, por el sentimiento de protección. ¡Ah! Los insensatos que, estrujándolos, se glorían del ser, con el fin de no ver, ¡bajo ningún precio! ¡Y yo el primero!

Tu amigo

5 de marzo 1945

Querido Cioran,

Desafiliación incomprendida... está bien un poco de ésta, en efecto, aunque nada esté todavía hecho. Creo que comprendes el cristianismo un poco menos de lo que lo supones, y que te adhieres más a eso de lo que parece. Esta necesidad de un objeto entre otros...Si solamente no negases a priori la significación de la necesidad y del deseo, igualmente engañado; no se puede morir de sed sin tener sed de algo, y sin que esa agua viva exista en algún sitio.

Cuando Santo Tomás²⁰ se pregunta cuál es la causa del mal, él responde: no puede ser más que el bien. Toda deficiencia se apoya sobre la plenitud: tu instinto de demolición se apoya sobre tu naturaleza, la cual tiende a hacer de todo su fondo. Tu alma gira en círculos sobre el objeto, y ella misma sufre, ya que ésta es ella-misma en el ser, y tu querer tiende hacia el ser, a pesar suyo, de cualquier forma. Todo ello, por otra parte, lo sabes bien. Lo más fuerte, igualmente, es que rehusaste construir, y preferiste demoler, la agonía de las mediocres construcciones por las cuales creíste ver algo de la humanidad; es decir, todavía por amor al ser y a la perfección. Tu debilidad y tu abdicación no están pues en tu rechazo, ya que este rechazo es todavía alguna cosa, energía que no tiende por esencia a la belleza y la existencia, sino en la aceptación de la quiebra del hombre en la consideración del ideal que persigue.

Y que el hombre sea impotente, estoy de acuerdo. Pero, de probarlo, supone la idea al menos de la grandeza, la cual no vendría de la impotencia como tal, sino del Ser absolutamente puro, disimulado dentro de un misterio inaccesible. Donde nosotros no tenemos nada que construir, y yo no construyo, sino que busco por la contemplación el Acto último puesto en nosotros. Y esto es, a tu pesar, aquello que tú haces a través de tus destrucciones poéticas.

¿Qué aporta pues Cristo? Un mensaje demente de parte del Acto puro, digno de su trascendencia, puesto que es inexplicable (y el cristianismo no lo explica, incluso subraya que es incomprendible): Dios nos quiere, el Acto puro viene a nosotros, no hay más que buscarlo en nosotros mismos, sino para dejarle hacer, dejarle engullir nuestra alma en Él.

Y eso es todo.

Tu *fr*²¹. M.D. Molinié

se conserva la carta donde Cioran redactará con claridad qué es específicamente aquello que le envía a Molinié.

²⁰ Puede comprobarse a partir de aquí cómo la disputa adquiere un cariz potencialmente medieval: el fuerte influjo sobre Molinié de la doctrina tomista a la cual se le contrapondrá a lo largo de toda la correspondencia el fuerte gnosticismo cioraniano.

²¹ *Frère*: hermano.



P.D: Yo no me muevo de aquí. Ven cuando quieras, el jueves o el domingo, preferentemente después de Pascuas (21 de abril). Si quieres, puedo hacer que asistas al oficio de noche antes de Pascuas. Me mantienes al tanto.

S. Jacques 16.04.45

“Converte nos, Deus salutaris noster”²²

No hay nada en tu desgracia que no posea yo en mi gracia. Defines la vida como un retraso divino. Asimilas a Dios a la Nada, a pesar de ser él la Vida, y que nada de positivo se encuentra en el mundo, ni en tu desgracia misma, la cual no se encuentra inefablemente en Él. La vida espiritual es en efecto un derrame indecible de nuestra alma con el Amor infinito del Creador y de Cristo Salvador: uno no es más suyo, uno se pierde, uno se ahoga en Dios. Y tú tienes razón de ver en “la vida” una refutación de este derrame: ya que él supone un rasgón de las barreras por las cuales nos pertencemos, nos poseemos, una verdadera muerte de nuestra independencia (“Quien quiera salvar su vida la perderá”).

Amas tu felicidad en la medida que prefieres perder tu vida a darla. Dios no te robará jamás el privilegio de rehusarla y de enfermar en tu soledad: pero esto es el infierno. El don, al contrario, es la muerte de nuestra independencia, y todos nosotros lo repudiamos en nuestra naturaleza caída. Por el contrario, y apenas lo hemos consentido, esta es la resurrección de una nueva vida, el paraíso en la tierra, “joie, joie, pleurs de joie” como dijo Rimbaud (¿o Pascal?)²³.

Me parece que todo esto, tú no estás lejos de comprenderlo, renunciando a rehusar, cuan mismo, de disolverte en la sangre de Cristo, con el fin de albergar el orgullo de tu desgracia. Todo el resto, lo encontrarás en el céntuplo, pero tu orgullo deberá morir, y deberás consentir a no ser aquello que eres: “un homme parmi les hommes”²⁴ (Dostoievski), es decir, nada frente a Dios.

Tuve la culpa de aconsejarte de rezar “un poco”. El rezo exigiría de ti una conversión total, un retorno, un aniquilamiento de todo tu ser; exigiría que lo basases en tus lágrimas... ¿Desde hace cuánto que no has llorado? ¿No hay en el fondo de ti un endurecimiento inhumano contra las reacciones más simples y las más sanas del hombre? Hay en las lágrimas una verdad, por tanto, una liberación, que ninguna teoría podrá destruir: las lágrimas humanas son esa agua que nos purga del pecado original y nos devuelve a la inocencia invencible de la infancia. Relee, relee en los Karamazov²⁵ el episodio del asesino que se confiesa al principio a los *starets*²⁶, y después públicamente...

Puede ser que no estés lejos de comprender que estás en ese caso, como todo hombre que vive lejos de Dios. Te pones de frente contra todo sentimiento de justicia y de amor, entonces te enfrentas a Cristo. Buscas quedarte indiferente delante de la injusticia, pero afortunadamente no lo consigues, y no querrás –o eso espero–, alcanzar la horrible indiferencia de aquellos que cometen injusticias fríamente. Si consientes convertirte, en sentido propio, siguiendo

22 Latín en el original.

23 La cita pertenece originalmente a Pascal en los *Pensées*.

24 Un hombre entre los hombres”. La traducción es mía.

25 Se refiere aquí a *Los hermanos Karamázov* de Dostoievski.

26 La cursiva es mía. Un stárets es el consejero espiritual en un monasterio ortodoxo. Son concebidos como guías espirituales, practicantes del ascetismo y la vida virtuosa. Cabe señalar que autores como Tolstói, Chéjov, Gogol o el propio Dostoievski se verán influidos por ellos. Dostoievski, como quiere señalar Molinié con la referencia a la culpa del asesino, reflejará con el personaje de Zósima (líder espiritual de Aliosha en el monasterio) en *Los hermanos Karamázov* el carácter de estos guías ortodoxos.



esa pendiente natural y sana de la Vida que fluye en ti, si consintieses esta disolución íntima de tu ser en Otro que te supera, en un instante (me parece que no lo puedes ignorar) sería, como para el asesino, el paraíso sobre la tierra, una alegría inconmensurable, sobrehumana, “la paz de Cristo que sobrepasa todo sentimiento”.

Sé con certeza que no hace falta comprenderlo para hacerlo. Hace falta aceptar el hecho de morir. En el fondo, aquello que Jesús te pide es renunciar a tu desgracia, como otros renuncian a su felicidad humana, a las alegrías, a las certidumbres, a la libertad, a la vida en definitiva, por seguirle a Él, Esta es una aflicción para todos; pero esa aflicción es liberadora, rompe los diques que endurecen nuestro corazón y le impiden volver a nuestro Padre de los cielos como los ríos a la mar de la cual ellos derivan. Renunciar a tu infelicidad, y a esa poética de la desgracia, sería para ti una agonía verdadera y profunda, la cual veo bien. Para todos nosotros una tal agonía es la condición de la vida y de la alegría de amar que sobrepasa toda euforia.

Quisiera que vinieses a mi profesión, y, cuando me vieses prostrándome, intentases comprender que este es el gesto de un asesino, el cual se denuncia y es eso lo que yo te pido, ya que es lo único absoluto que el hombre puede llegar a hacer, lo único que nos vuelve a unir con nuestra más íntima exigencia, que es la de amar (aquello que no puedes negar, tú que buscas huir de tu soledad, y por la cual la “desgracia” misma emana de esta exigencia insatisfecha).

Ya es suficiente, te digo el 2 de julio, aunque mi alma no te abandone.

Tu hermano Marie-Dominique Molinié.

5 de mayo 1945

Mi querido Cioran,

Hay una cosa en la que nosotros no creemos: en el siglo XX; en el cual la realidad que enferma nuestra visión es la eficacia del tiempo: no creemos más que en lo instantáneo, no queremos ser sujetos pacientes. Este es el punto de vista que ambos compartimos, tú y yo, el mismo error, me han faltado pruebas dolorosas en el noviciado para aprender de buen grado el mal o de buen grado la paciencia intelectual, y aceptar la comprensión poco a poco de aquello que no comprendía inmediatamente. Así en 10 meses ha podido formarse en mí el proyecto de una noción justa de la doctrina cristiana, de esta doctrina que es, a la vez, rica, profunda y simple.

Llamo pues a la misma paciencia que reside en ti, y así verás de lejos que esta actitud, formada honestamente en el agnosticismo, está ya plagada de consecuencias: ella consiste esencialmente en admitir que puede ser que tomes más tarde tal verdad o tal realidad que, a día de hoy, todavía no has descubierto. Es todo simple, ampliamente justificado por la experiencia, y la esencia misma de la vida intelectual: por tanto esto forma ya parte de la humildad y de la esperanza...

Esta buena voluntad aceptada por tu parte es de la que me gustaría liberarte poco a poco, de aquello que yo paulatinamente he adquirido: la noción de actitud cristiana, o de vida sobrenatural, o de humildad (todo lo que conlleva). Me equivoqué en mi última carta al presentártela como una instantánea, y tus objeciones son fuertemente justas: pero ellas nos llevan sobre la superficie, y no sobre el fondo de la cuestión.

La vida sobrenatural es una vida, y como tal comporta nacimiento y desarrollo en el tiempo. “El reino de Dios es como un grano de mostaza que toma un hombre y lo siempre en su campo. Es la más



pequeña de todas las semillas; pero cuando crece es la mayor de las hortalizas y se hace árbol, de tal suerte que las aves vienen y anidan en sus ramas [...] El reino de Dios es semejante a la levadura que una mujer toma y la mete en tres medidas de harina hasta que fermenta toda la masa”.²⁷ Si la harina era consciente, y el siglo XX con ella, no querría creer jamás que pudiera elevarse: objetaría la “nula e inmensa realidad” de su pasta, destinada a caer suavemente en una caída eterna, ensuciándolo todo con su impotencia radical a levantarse.

Lo peor es que esta impotencia es real: tanto que la levadura no lo invadió todo, queda todavía en la pasta una impureza territorial, un principio de caída; pero esta impureza se desvanece en una purificación constante, y aquí está toda la vida de la Iglesia, pobre pasta humana, así como tan nula y miserable como quieras imaginar, y más todavía, trabajada por una levadura, por una vida que no es del hombre, y que replantea todo, aunque lentamente y de una manera casi siempre oculta: “esta es la más pequeña de todas las semillas”. Pero los santos están ahí, auténticas realidades irrefutables.

Te propongo hacer la Cuaresma conmigo: tiempo en que muero un poco más en el silencio para vivir un poco más en Cristo. Y así leer dos obras diferentes, que puedes encontrar sin duda en Sta. Genoveva. La primera es la Vida de N.S. Jesucristo, por Catherine Emmerich: es una estigmatizada del siglo XIX, quien tuvo la visión de la vida de Cristo día por día durante tres años. Se compone de 6 volúmenes y es extraordinaria: hace falta leer el prólogo, el cual es remarcable. La segunda es de otro género: la Historia Santa de Daniel-Rops, autor que sin duda conoces. Está bien escrito y con una gran inteligencia: él no concuerda con el cristianismo, aunque esto, honestamente, no le se le pueda refutar; además llega a trazar una historia profunda del pueblo judío.

Puedes leer igualmente a Pascal y a San Pablo. Sé que te colocas fuera de esta economía de salud que sobrepasa los abismos más insondables de la desesperación; si es que verdaderamente te sientes empujado a ello, o sea más bien que oscuramente no quieras profundizar en la búsqueda de una belleza aún más bella que el más loco de los sueños humanos. Sin embargo, es primero que Cristo venga por ti: “Yo vine a salvar a aquél que estaba perdido” y: “aquellos que tienen sed, que vengan a mí y que beban”. Sé que tienes sed: si no la tuvieses, no serías tan desgraciado.

Y estoy seguro que en alguna parte del mundo una pequeña niña quiere, sufre y reza para merecer tu salvación...

Tu hermano Marie-Dominique Molinié

02.07.1945

Mi querido Cioran,

Una sola palabra para agradecer la tuya: por mucho que tenga la razón, mi gesto no es humano. Hace falta, para mantenerme aquí, una fuerza sobrenatural. Esta no es el frío o la obediencia que perduran, es la fe, y esta fe no la puedo poner yo en mí, sino que es en Dios en quien tengo fe. Hace falta rezar antes de creer y esperar. Dios me atrajo al convento por motivos muy humanos, los cuales no habrían sido suficientes para guarecerme si entre tanto yo no hubiese rezado y recibido la fe.

Todos nosotros estamos empujados radicalmente a amar, creer y esperar. Pero no somos impotentes para rezar; Cristo vino justa-

²⁷ Cf. Santa Biblia, Mateo, XIII, 31-33 (y no VIII como especifica Molinié en el original).





mente para “salvar a aquél que estaba perdido”. El cristianismo no nos ofrece salud, sino un Salvador, el cual ha existido en el tiempo y ha prometido socorrer eternamente a los desgraciados que lo invocasen: 2000 años de santidad milagrosa (si uno piensa qué es la naturaleza humana) han probado que no mentía. Yo mismo puedo declarar ya que Él está vivo: sin ese apoyo sobrehumano que yo Le pido cada día, no podría pasar 24 horas en esta vida que me da la felicidad, y que es, estamos ambos convencidos, el suelo sólido.

Para obtener este apoyo y esta fe es suficiente con pedirla, de ser en consecuencia un desgraciado, incapaz, radicalmente incapaz de amar, de creer y de esperar y sin embargo corroído por no se sabe qué llamada del absoluto; lo que era nuestro caso, y sigue siendo el tuyo, y creo que huyes del absoluto, pero Él te persigue sin respiro, de ahí tu desgracia. El único obstáculo serio es el orgullo, el cual te impedirá realizar esa oración: el orgullo es un error patente, ya que es cierto que somos polvo y viento.

Cristo le decía a San Pablo en una aparición: “*Il vous est dur de regimber contre l’aiguillon*” [“Duro es para ti dar coces contra el aguijón”]²⁸ (sobreentendiendo, “de mi llamada”). ¿No es esto un poco la historia de tu vida? La impotencia que provoca tu desgracia, no es la impotencia de no encontrar el absoluto, la esperanza y el amor, es aquella que los hace huir. Lo quieras o no, “caíste entre las manos del Dios viviente” (eso no depende de ti sino de Él), y tu vida es un esfuerzo desesperado por “ponerte voluntariamente” fuera de Él, por mantenerte en un equilibrio relativo donde te ves asfixiado.

La obstinación en la que te incluyes me hace temblar por ti, y me explica la atmósfera de condena en la cual vives. ¿No tendrás jamás lástima de esta alma que tiene sed en ti del absoluto que tú rehúsas cruelmente? Todo ello es muy grave. Sabes, sin duda, que Dios ronda a tu alrededor, sabes en el fondo que Él existe: entra en ti mismo y verás que así se explica todo. Hay un misterio en tu vida: ¿por qué el confort y los placeres no te son suficientes? ¿Por qué esa latente desesperación? No hay más que una sola explicación: tú eres la prueba de Dios, cuyo amor te persigue y viene a trastornar tu confort: se acabó...jamás estarás tranquilo.

Y lo sabes bien, es por ello por lo que quisiste odiar a los santos: tentación perpetua en ti. Relee en el Génesis el combate de Jacob con Dios. Y echa un vistazo a tu pobre vida, parecida a la mía: rota, rallada, acosada, fragmentada, sin objeto, sin significado... ¡ah! Sí, “esto es algo terrible que cae en las manos del Dios viviente”. Y en tanto que tú no querrás abdicar tu independencia y caer a los pies de Aquél que te persigue con Su amor, será así, serás tu propio verdugo, el verdugo de tu alma.

Hará falta que me detenga, me gustaría tanto convencerte que no es literatura lo que yo digo, isino la verdad! También quisiera suplicar a tu orgullo que abdique: una pequeña oración todas las tardes, con la confesión de tu miseria y tu sentimiento de la nada, y así llegará la salud, estoy seguro.

En todo caso, yo rezo por ti, y Genoveva²⁹ también. Puede parecer ridículo para tu orgullo, pero en fin, es la verdad. La última ilusión que se pierde, es que nosotros seamos inteligentes: ambos somos imbéciles, ya que no comprendemos nada en el mundo, ni siquiera a nosotros mismos.

Si por azar esta carta te abocase a una especie de trastorno, te pido que vengas a verme para decirme que es una razón seria y re-

²⁸ Cf. Santa Biblia, Hechos de los apóstoles, XXVI, 14.

²⁹ El propio Molinié, como se puede comprobar en la última carta, ofrecerá datos teológicamente muy relevantes de esta santa católica francesa, patrona de la ciudad de París.

ligiosa. Si ésta te irrita o te enoja, perdona a un amigo que, a pesar de todo, quiere estar ahí. Si ella tan sólo “te interesa”, destrúyela.

Te es fiel

Fr. M.D. Molinié

1945

Mi querido Cioran,

Las promesas de Cristo son paradojas para la lógica humana y es tanto más singular verlas fielmente. Así ha prometido el céntuplo desde este mundo, en hermanos, amigos, campos y casas a los que dejan todo por él. De hecho tenemos aquí aquello que los más ricos persiguen en vano toda su vida: la liberación total de las preocupaciones económicas. En cuanto a los amigos, admiro que nuestra amistad, que temías perder por mi salida, comienza a nacer ahora en toda su profundidad: la simpatía, ver la solidaridad que tú sientes con mi vida, nos une de una forma como no habrían podido hacer jamás los aparatos eléctricos del Boul'Mich' y nuestro intercambio de cartas espaciadas nos asalta con plena ironía filosófica.

Me gustaría decirte muchas cosas, muchos argumentos, pero, ¿cuál es realmente bueno? La Verdad está ahí, y no hay dos: o la palabra Verdad no tiene ningún sentido (y está claro que hay uno al menos), o hay una Verdad, una sola, porque está en su esencia... pero para convencerte haría falta para empezar tu conversión, y no a la inversa.

Comprendo tu preferencia por Iván Karamázov, yo mismo la compartí largo tiempo...Aquello que hace su profundidad y su atractivo es esa sed de Vida, ésa que el mundo no puede llegar a estancar y que entonces se vuelve con asco ante lo real, en continua revuelta y con desesperación: duplicación por la cual, arrojándose sobre todas las alegrías y en posesión del universo, uno no se encuentra más que amargado y sin poseer nada, con un poco de espuma que ni siquiera engaña.

El cristiano retiene todo aquello que hay de profundo ahí dentro, y adopta en verdad la misma actitud, pero de vuelta Iván encuentra las tinieblas en el seno de la luz, la muerte en el seno de la vida más rica, la tristeza en el seno de la alegría, la nada en el seno de la sobreabundancia. Y San Pablo: “Dios dijo: que la luz brille sobre el seno de las tinieblas, es él quien ha hecho lucir su claridad en nuestros corazones...Pero llevamos ese tesoro en jarrones de barro, con el fin de que parezca que este soberano poder del Evangelio venga de Dios y no de nosotros. Estamos oprimidos de todas formas, pero no aplastados; en la angustia, pero no en la desesperación; perseguidos, pero no descuidados, abatidos, pero no perdidos; por tanto llevamos siempre en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, con el fin de que su vida sea una manifestación de nuestro cuerpo. Ya que vivimos, estamos siempre entregados a la muerte a causa de Jesús, con el fin de que su vida sea también manifestada en nuestra carne mortal. Así, la muerte se agita en nosotros, y la vida también...tenidos como impostores, y por lo tanto verídicos; desconocidos, y por lo tanto bien conocidos; mirados como moribundos, y así es que vivimos; como castigados, y no estamos condenados a muerte; como entristecidos, siempre somos felices; como pobres, nosotros que enriquecemos a muchos, y no teniendo nada, lo tenemos todo”.

Cristo te seduce por su fracaso: correctamente, ya que un suceso humano, un suceso visible, no es más que polvo, y sobre este plan, humano y visible, la Verdad debe estar fallida. Pero tras este frac-





so, y sin ser abolido, hay un éxito, no tanto humano como divino, y visible sólo a los ojos del alma, de un orden tal que no puede, como humanos, decepcionarnos, ya que la Iglesia es la prueba y San Pablo la expresión.

Jesús vino para aportarnos la Esperanza y la Verdad: las pone en la Cruz. Pero, esta Cruz cubre el mundo de un triunfo invisible. El mundo asesinó a Jesucristo, dando nacimiento de este modo a los santos, quienes son la voz invisible de Cristo: hay una economía grandiosa, una realidad abrumadora en la que uno se satisface. Esto no es más que una onza de levadura, que pronto levanta todo. El cristianismo nos ofrece una realidad que nos impacta de primeras, justamente porque es más bella que nuestros sueños humanos sobre la belleza; lo mismo que los santos sobrepasan el atractivo de Iván, pero hace falta acercarse y dejarse educar para poder probar este atractivo...

Aquello que más nos confunde es que ellos están en paz, y como la paz que ofrece el mundo está por debajo de la inquietud y de la desesperación, no comprendemos que la suya esté más allá, que vaya aún más lejos que la desesperación, para manifestar ante todo ojo imparcial aquello que puede tal levadura sobre la pasta humana...

No haré más dificultoso el confesar mis impurezas, y todas las que tuve, todas las que todavía residen, del mal humano en mi sed y en mi vida: yo sufro bastante. Pero, al lado de todo esto, hay en mí una semilla pura, ya que ella no viene de mí, cualquiera sea lo que de profundo hay en mí.

Encontramos aquí una respuesta a tu objeción más seria. “Si yo sabía, dices tú, que Dios es, y que es Él quien me quiere, o si yo podía amarle sin mi alma (inseparable a una caída eterna), entonces admitiría que en tu voz no hubiese ilusión –ni en mi vida (ya que sé que mi miseria es un abismo “inmenso y nulo”), ni en mi espíritu: ya que a pesar de todo es Dios quien me quiere, y con su Amor que Lo amo.

Tenemos aquí el misterio más profundo del cristianismo, el misterio del Espíritu Santo, por el cual Dios se hace más íntimo de nuestra alma que nuestra alma misma. Así es Él solo quien viene hacia nosotros, y por ello somos nosotros y nuestra impureza los que venimos hacia Él, ya que su gracia nos hace justamente venir a Él. Si la harina hace elevarse la pasta es porque se asimila lo más íntimo de ella, su esencia misma: el resto puede bien estar manchado y pesado, la conversión queda mezclada de motivos impuros, el fondo invisible está salvado y lo es en un instante, como te lo representaban mis exhortaciones.

Lo que requiere tiempo es la invasión de nuestra ingrata naturaleza por la vida de Dios. El peligro de recaer perdura hasta la muerte: todo puede estar siempre perdido o salvado para un cristiano. Pero, lentamente, por una serie de mutaciones que prepara, como en el caso de las plantas, un periodo de inmovilidad aparente, el germen invade todo: y esto es lo que son los santos, explosión de vida divina en medio de un mundo maldito.

La doctrina que te expongo aquí (todavía oscura) da cuenta de forma perfecta de todo lo real, miseria del hombre y esplendor de los santos. Tienes el sentimiento profundo de que, si te conviertes, serás tú quien llegará hasta Dios, con tu miseria que mancha todo lo que toca: y será cierto. Pero, detrás de ti mismo, más profundamente todavía, e invisiblemente, será Dios, él es el misterio de la predestinación. Cesaré de discutir contigo el día en el cual presentarás tu impotencia “radical” en estos términos: “No tengo la gracia”. Ya que esto no excluirá la posibilidad de tenerla (y de pedirla) algún día: sólo te pido a fin de cuentas limitar la afirmación de tu impotencia en el presente, única actitud honesta. Aún así, hará falta que aquello sobrepase la puerta de una afirmación verbal, haría falta que tu fueses al campo a ver como un capullo deviene mari-

posa -esto no es más extraordinario que la regeneración del hombre-, y te convanzas que la vida es un poder cambiante, que la última palabra no está nunca dicha...que la esperanza, en una palabra, está siempre fundada.

Tu hermano Marie-D. Molinié

13 de Oct. 46

Mi querido Cioran,

Hace tiempo que no sabíamos el uno del otro, y sé que esperas mi respuesta a tu carta. Espero que no te hayas consumido en ese mundo hostil, y que no sufras tanto en la falta de objeto del cual te quejabas. Si pudieses venir a verme antes del invierno estaría bien, y sabría explicarme mejor que por carta.

Evidentemente hay un malentendido radical entre nosotros, y admiro que después de haber leído a tantos santos, no puedas todavía comprender –ya que es casi ininteligible sin la fe- que no estoy solo en mi aventura, y lo estoy tan poco que no tengo iniciativa. Te haces de mí una imagen que pudiera ser que conviniese a un Aristóteles, un Platón, o mejor un Svedenbourg³⁰ o un Râmakrishnâ³¹. Es fácil de oponerme la trascendencia de Dios, nuestra impotencia a alcanzarla o al mismo acercamiento. Me ves más parecido con Fausto, explorando el misterio del Absoluto, y queriendo extraerle su secreto. Esto no es así en absoluto. Los santos no tienen esta actitud. Ellos saben bien que no pueden hacer nada para acercarse más a Dios, nada. ¿Qué hacen ellos, pues? Se dejan llevar. Esto supone, bien entendido, que uno cree que Dios actúa y opera sobre aquello que es imposible para el hombre de intentar. Tú no tienes la fe, está bien...o más bien es algo doloroso. Pero no hace falta olvidar por ello que yo sí que la poseo. Tengo buenas razones para creer, éste es el verdadero problema de mi vida actual, pero esto es también por lo que espero una objeción seria de tu parte.

Un hombre vino al mundo para afirmarnos que él era el Hijo de Dios y que Dios nos ama, y él ha dado tales signos de divinidad que por ello es razonable de creerlo. Desde entonces, no hay más necesidad de esforzarse en el ascetismo o en la mística para acercarse a una divinidad inaccesible, o de liberarse de las prácticas esotéricas para sentir fluir al propio Espíritu (aunque estos esfuerzos, por estériles que pareciesen, nos liberan a pesar de todo de las luces suficientes para eclipsar las satisfacciones cotidianas): se trata simplemente de dejarse amar y conducir por Cristo donde a Él le plazca. Hay aquí hermanos que quisieran irse, artistas y diletantes que no tienen ningún gusto por el convento, te lo aseguro. Y bien, ellos no pueden partir: alguien los retiene. No son ellos quienes buscan a Dios, es el propio Dios quien los busca y no solicita más que un puro consentimiento, imposible de rehusar.

No es ésta una cuestión de “resolución” ni de “firmeza”. Nuestra psicología no es la de los más fuertes, de los héroes o de los sabios. Se parece más bien a la tuya frente al silencio: Dios nos da miedo, y no tenemos deseo de consentir. Sin embargo no es a pesar nuestro por lo que nosotros consentimos, ya que hay un milagro: más profundo que todas nuestras debilidades y nuestro miedo, junto con el cansancio del Absoluto, una certidumbre invencible reside en nuestra alma de que ese Absoluto nos ama, por lo que no hay nada que temer para arrojarse en el Amor que él nos ofrece. No una psicología de conquistadores sino de amados, abriendo su corazón a aquél Ser, el que los sobrepasa infinitamente, y por el cual, en con-

30 Emanuel Svedenbourg (1688-1772). Teólogo, científico y filósofo sueco.

31 Sri Râmakrishnâ (1836-1886). Místico y sacerdote bengalí.



secuencia, los hará sufrir mucho, pero a fin de cuentas les hará conocer una Vida de la cual el hombre no pueda hacerse idea alguna, incluso en sus éxtasis.

Llego pues a Sto. Tomás. Pero aún así, ¿cómo hacerme entender? Esto es la desesperación misma. ¿Crees pues que si yo sentía cierta certeza en una de mis más profundas intuiciones, o de las tuyas, o de otra cualquiera, tuviese que reprimir en la tradición tomista, le consentiría tener confianza? Me gustaría que constatastes aquí, por ti mismo (ya que veo bien que no creerás jamás y me crearás rodeado de imbéciles) la libertad intelectual extraordinaria, única, que reina. Uno tiene el derecho de decir y pensar todo –salvo dispartes, ya que éstos son derribados en tierra.

Entonces, ¿el tomismo? Me dirás. Y bien, uno cree en el tomismo porque ve sus grandes principios, y uno no puede renunciar a aquello que ve. En realidad, el tomismo no es un sistema: está abierto a todas las intuiciones –en tanto no se cierre a las tuyas. Y si nosotros combatimos los sistemas es justamente porque todo sistema se cierra, por definición, a una u otra intuición mayor, y se opone con el fin de no recibir un examen honesto del problema.³² Espero todavía por mi parte que alguien me señale una sola verdad que el tomismo no pueda recoger.

Me comentas que uno no puede ver aquí más que un mero capítulo en la historia de la filosofía. Pero, ¿qué entiendes por historia de la filosofía? Si es la historia de la conquista (jamás finalizada y llevada a cabo en la realidad) de la verdad por los hombres, sí, el tomismo es un capítulo más de esa historia, pero un capítulo decisivo, en el cual los principios fundamentales son adquiridos por una fe de búsquedas ulteriores que los hombres han podido hacer. Aquellos que han rechazado estas bases erraron en la medida precisa bajo la cual ellos cerraron los ojos ante la luz. Solamente, en el fondo, para ti, la historia de la filosofía es la historia de los errores de la humanidad: tú no crees en la verdad. Pero es una posición que es personal, y no se impone con total evidencia.

Te gustaría reencontrar al escéptico “apasionado” que yo solía ser. ¡Pero lo soy más que nunca! Más allá de ese escepticismo que niega la verdad, hay uno que no pretende negarla, y no le rechaza al hombre el poder alcanzar una verdad imperfecta, pero real. Pesa bien estas dos palabras: la audacia del tomismo es no querer perder ninguna, lo que hace para mí, sin paradoja, el colmo del escepticismo. El tomismo es escéptico por eminencia. Ya que el escéptico que se cierra radicalmente a la idea de verdad pretende, al menos (o no dice nada), que su actitud es perfectamente adecuada a la condición humana, pretensión que no tendría un tomista, por ninguna de sus actitudes, al menos con tal dureza.

Falta por saber si los estudios que hago permitirán a mi silencio ser “puro”. Esta cuestión es irresoluble para aquél que no tenga la experiencia y no puedo explicarlo más por escrito. Un solo punto de este silencio no es el fruto de nuestra ascesis y de nuestros esfuerzos, es un don de Aquél que nos llama desde lejos; la contemplación de un campesino (Bernadette de Lourdes, por ejemplo)³³, de un burgués cultivado, de una noble como Teresa de Ávila...y de un Santo Tomás, son substancialmente idénticas, y no difieren

³² Recordamos en este caso la Carta-Prefacio que le envié, durante el proceso de redacción de su tesis doctoral, Emil Cioran a Fernando Savater; donde le recomienda que dicha tesis debería subtitularse “Del anti-sistema”, debido a la falta de vitalidad y *pathos trágico* que se inmiscuye en los sistemas lógico-filosóficos. (Cf. FERNANDO SAVATER, “Carta-prefacio por Emil Cioran” en *Ensayo sobre Cioran*, Taurus, Madrid, 1974).

³³ Maria-Bernada Sobirós, más conocida como Bernadette Soubirous, era una pastora francesa canonizada debido a su santidad en vida. El caso de su sufrimiento, tanto físico como psíquico, parece acercarse mucho a la figura del santo Job. Cioran dirá al respecto de este santo: “Job, lamentaciones cósmicas y sauces llorones...Llagas abiertas de la naturaleza y del alma...Y el corazón humano –llaga abierta de Dios.” (Cf. E.M. CIORAN, *De lágrimas y de santos*, traducción de Rafael Panizo, Tusquets, Barcelona, 2008, p. 33).



más que psicológicamente o por el carisma, es decir, en la superficie.

Dios no necesita ser ignorante para exceder la erudición, y es él quien suscita nuestra contemplación, no nosotros. Pascal ya lo decía: el verdadero filósofo se burla de la filosofía, ella no altera la pureza del silencio. Nosotros no somos eruditos, nosotros somos mendigos de la Revelación, despojados y desnudos por consecuencia, al menos, si somos fieles a nuestra vocación.

Pero, ¡haría falta que nos viésemos!

Tu escéptica pasión no te ha cambiado tanto como crees, y más si no lo sospechas...persistiendo tu fiel amigo

A. Molinié.

12.01.47

Mi querido Cioran,

Hace falta que te confiese que sin Genoveva, yo no habría salido jamás de mi cloaca. Había comprendido que yo estaría solo, siempre, pero me faltaba el “juego” de ver la voluntad de uno de esos seres de cera, como son las mujeres, convirtiéndose de repente, en un instante, a través de una conversión brutal y una derrota absoluta, mi cosa sobre la cual, por el amor que me consagra, me gustaría tener un poder infinito. Sin interés ante este don, sin interés después de él y rechazándola como una piel de naranja (yo lo sabía por adelantado), la mujer devenía, en ese momento, una cosa tan patética y tan desgarradora, que por contemplar la caída de un alma en otra (caída que también me daría la misma mujer odiosa un instante después), aquella por la cual valía la pena vivir. Y, en el fondo, era mi única razón de vida: algunos instantes de contemplación intensa dibujados en el amor, en el arte, en el juego bajo todas sus formas.

Por lo tanto, en el fondo de mí, dormía latente un ser que buscaba todavía la verdad, menos (como dice Proust de Swann en la búsqueda de Odette)³⁴ “porque él esperaba todavía encontrarla, era demasiado duro como para renunciar”. Sentía oscuramente que el precio de ese relámpago fulgurante dejaba entrever alguna cosa de una realidad misteriosa, oculta tras la rutina habitual de la vida y el espectáculo cotidiano del mundo, realidad que mi espíritu aventurero estaba secretamente listo para perseguirla, a ella, en su objetividad; tan pronto como una vía sería fuese abierta para conducirme, tampoco en los momentos de gracia en que se siente pasar cualquier cosa, pero esa cosa misma. Un ser que sufría atrozmente de estar solo y soñaba todavía, a pesar de él, “en amar y ser amado”, todo ello sabiendo lo que buscaba en los seres humanos, más que en éstos, en “alguna cosa” entrevista a la luz de las situaciones de alta tensión y de melodías profundas.

Hacía falta pues aceptar estar solo, o renunciar a aquello causado por mi sed. Oficialmente, yo había escogido estar solo: mi decisión parecía tomada, como la tuya, aunque había un cariz diferente. Yo sentía verdaderamente, detrás de este fango, un misterio real (al menos por momentos, ya que me esperaba la nada después de la muerte)- y es este misterio, igualmente inaccesible, igualmente ilusorio, el que me retenía sobre la tierra (y no, como a ti, en la pura perspectiva de ser mordaz conmigo mismo): vivía inexplicablemente convencido de que la vida era espléndida, un éxtasis sin nombre. Aquello que me disgustaba era yo mismo, los hombres y yo, pero no la vida, no lo real: para nada el misterio.

³⁴ Referencia al *opus magnum* de MARCEL PROUST, *A la búsqueda del tiempo perdido*, específicamente al primer tomo (“Por el camino de Swann”).





El mundo era vomitivo, y yo con él, pero el misterio del mundo, ¡Ah! ¡El misterio, qué abismo! ¡Qué atractivo! Cada ser, cada hombre en particular, me daba náuseas, pero, ¡el misterio de este hombre! El misterio de su naturaleza y de su destino, todo eso me parecía infinitamente bello, infinitamente infinito... ¿Cómo expresar esto? Yo amaba el arte como el filtro por el cual, eliminando la banalidad limitada de las cosas, retenía el misterio. Ese misterio era como una luz que bañaba todas las cosas: las cosas eran viles, pero ese punto de luz era el que yo buscaba en ellas.

Por supuesto, todo esto yo no lo sabía tan claramente como lo sé hoy en día: no me comprendía a mí mismo mis reacciones profundas. Pero esto era un poco así. Mi soledad no estaba puramente aislada, sino que era una soledad-de cara-al-misterio: de este modo yo la quería profundamente. Los hombres, el mundo, la vida social, eran para mí los peones con los cuales yo jugaba para mantenerme en presencia de ese misterio...para jugar también con él, pero era éste un juego serio y apasionado.

Es pues así como llegó Genoveva: fue ella la que hizo tambalear mi sistema. He aquí el porqué. Ella sintió muy rápido lo que yo quería de ella: esa caída después de la cual ella no me interesaría más. Pero ella estaba orgullosa, a su manera: no lo consintió jamás. Estaría por tanto contento de una confesión, de un don puramente espiritual, después del cual me habría encantado, en la exaltación de un sacrificio común, acordar su libertad. Pero fue eso mismo lo que ella rehusó darme claramente, a pesar de esa sed de un don absoluto, o a causa de esa sed. Por lo que sufrí como un condenado, al pie de la letra: ya que yo comprendo que su rechazo venía de aquello por lo que yo no la amaba. Que ante un amor verdadero ella habría debido vencer. Yo fui devorado por los avatares de esa sed, con la impotencia de amar por el que uno debe experimentar el infierno: puedo decirte que es abominable. Ya que el amor por las buenas estaba en renunciar a ella, por su paz: y esto era lo que yo no alcanzaba a hacer.

Esto ha durado un año de sufrimientos recíprocos. Hasta hoy, donde he contemplado que mi verdadera sed estaba más allá de Genoveva, yo no podía jugar más con ese misterio del absoluto: estaba atrapado, yo necesitaba de Él a toda costa, no podía pasarme más amando de verdad: y tal Amor llega hasta Dios.

Dicho de otra forma: dos cosas me interesaban siempre, el misterio del mundo y el misterio del amor. Tanto el uno como el otro conducían a Dios, bajo la condición de participar en ellos, y yo no lo quería: quería jugar con el misterio y con el amor, no quería amar, sino contemplar el amor, jugar con el amor con una curiosidad apasionada.

Solamente fui llevado a ese juego: Genoveva me reveló aquello que no podía amar y la terrible profundidad de la sed de amar que reside en el fondo de todos nosotros, y que es la sed misma por Dios. Para que mi juego resultase, hacía falta que Genoveva me amase. Y para que lo hiciese, comprendí rápidamente que hacía falta que yo la amase de la misma forma. Yo me había quedado prendado de un ser demasiado lúcido y simple que yo estaba incapacitado para dejarme seducir por otra cosa que no fuese el amor verdadero. Sin embargo, este amor verdadero comprendí también que estaba incapacitado para entenderlo concretamente; que la sola beatitud es amar, que la sola vida es amar, y que el resto: inteligencia, genio, poesía, mujeres conquistadas, belleza misma, es fango.

El misterio del hombre es sobrepasarse, y es por ello que este misterio es muy bello, mientras que el hombre es feo. Y este adelantarse es el amor. Comprender esto, sentirlo en su carne, y verse al mismo tiempo radicalmente incapaz de una sola gota de amor puro, hay que haber pasado por ahí para adivinar lo que puede ser la condena eterna. Ver que un ser se os escapa porque uno no lo

ama, porque este ser está hecho para el amor, y nosotros para el orgullo impotente...no puedo expresar lo que es.

Por ello, eso que era la salvación del alma era ya la sed positiva de amar. Yo no podía aceptar más el no amar, no podía más resignarme al egoísmo. Vivía en el infierno, pero prefería mi infierno a la pasada ironía. Y en eso mismo yo estaba ya salvado, ya que había salido de la abulia consciente. Yo quería con un querer radicalmente impotente (en esa impresión de infierno).

Estos esfuerzos fueron suficientes para aferrarme a Genoveva, experimentando sus propios tormentos, y tenemos así una vida extraordinaria, un juego de orgullo y de amor sucesivamente triunfantes, hasta hoy en el cual nos descubrimos juntos en el convento. Rezar juntos era la única solución: pero aquí cesamos de ver con claridad. Un fuerte viento nos empuja a todos, y solamente hoy en día sé porque lo hace así: Dios es el único término posible de un amor puro y absoluto, porque sólo él es digno de ese amor...

He hablado demasiado hoy. Pero me gustaría hablarte directamente. Ven a verme...no será tan fatigante como cenar en la ciudad, ¡estaría muy contento de hablar de todo esto directamente contigo!

Fiel a ti

Molinié

P.D: Me permití el lujo de leerle tu carta a uno de mis hermanos, simplemente me dijo: “este tipo está salvado” (*ce type-là est sauvé*).

Bibliografía

E.M. CIORAN, *Œuvres*, édition établie, présentée et annotée par Nicolas Cavaillès, avec la collaboration d'Aurélien Demars, Gallimard, Paris, 2011.

-, *Conversaciones*, traducción de Carlos Manzano, Tusquets editores, Barcelona, 2010.

-, *De lágrimas y de santos*, traducción de Rafael Panizo, Tusquets editores, Barcelona, 2008.

-, *Breviario de podredumbre*, edición y traducción de Fernando Savater, Taurus, Madrid, 1986.

FERNANDO SAVATER, *Ensayo sobre Cioran*, Taurus, Madrid, 1986.

MARIE-DOMINIQUE MOLINIE, *Lettres du Père Molinié à ses amis*, Pierre Téqui éditeur, Paris, 2005.

NICOLAS CAVAILLES, “L'exogenèse. Cas du *Précis de décomposition de Cioran*” en *Revue Recto/Verso*, n° 1, juin 2007.

Páginas Web De Interés

Archivo bibliográfico Padre Molinié:

http://pere-molinie.com/index_fr.php?nid=17

